

Shiva Ryu

No pongas un punto
donde Dios
puso una coma



Historias de sabiduría
para momentos
de adversidad

DIANA

SHIVA RYU

**NO PONGAS
UN PUNTO
DONDE DIOS
PUSO UNA COMA**

Historias de sabiduría para momentos
de adversidad

Relatos

DIANA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *좋은지 나쁜지 누가 아는가*
Good or Bad, Who Knows?

Primera edición: marzo de 2022

© The Forest Book Publishing Co., 2019

Publicado por acuerdo con The Forest Book Publishing Co. a través de BC Agency, Seúl

© de la traducción del alemán, Carlos Miranda de las Heras, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Diana es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-18118-96-8

Depósito legal: B. 1.723-2022

Fotocomposición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



SUMARIO

Prólogo. Autor de tu propia vida	11
--	----

1

El necio que se detiene bajo la lluvia	17
Un pájaro vuela aunque no sepa dónde se posará	23
¡No le concedas tanta importancia!	29
Un mantra para la vida	35
Al contar los buenos momentos, no obvies las heridas	41
Dios escribe derecho con renglones torcidos	47
Todo ser vivo siente dolor	51

2

¿Quién puede saber a ciencia cierta si algo es bueno o malo para nuestra vida?	59
¿Por qué me das solo esto?	63
El arte de hacer milagros	69

Lecciones de hindi	75
Mi alumno favorito	79
La torre de piedra de C. G. Jung	83
No eres perfecto, pero puedes regalarme una rosa perfecta	91

3

De cavar y plantar	99
Me gusto más a mí mismo cuando estoy contigo.	103
¿Quién soy yo cuando nadie me observa?	107
El niño interior	111
¿Es «yo» un sustantivo o un verbo?	119
Hola, alma mía, ¿estás bien?	125
El reencuentro: un milagro	131

4

Cualquiera que sea el camino que recorras, fúndete con él	139
Pureza lingüística: una ficción	145
No pienses en un mono	149
¡Bienvenida seas, emoción!	157
Del <i>lenchak</i> o la culpa kármica	163
Una historia de manzanas	169
La muerte del bulbul Orfeo	175

5

Ningún encuentro es casual	181
Se nota cuando las flores están floreciendo	187
Seis mil millones de mundos	193
Fatiga por compasión	199
No tiene sentido preocuparse	205
¿Por qué yo soy yo y no tú?	211
Soy yo.	217

6

Una única frase verídica	223
El hombre que plegó el paracaídas	227
Yo, el original; tú, la falsificación	233
Ninguna estrella brilla sin apagarse lentamente	239
Lo que buscas, en realidad, te está buscando a ti	245
Epílogo. Un regalo del cielo	253

El necio que se detiene bajo la lluvia

Cuando cursaba el último semestre de mis estudios, un amigo me habló de un alojamiento muy barato en una comunidad religiosa en las afueras de la provincia de Gyeonggi. Lo alquilé sin pensármelo dos veces. Era un apartamento muy pequeño, de una sola habitación, en una casa adosada en ruinas, pero el brillo del sol entraba de forma muy agradable en la estancia y además podía cerrar la puerta y estar solo. También había un camino, no muy lejos de allí, que conducía a un río, algo que para mí, como estudiante de Literatura, era como un regalo caído del cielo. Por las noches me dedicaba a escribir poesía y durante el día salía a pasear por los alrededores en lugar de asistir a las clases de la universidad.

Desafortunadamente, mi suerte no duró mucho. Empecé a despertar desconfianza entre mis vecinos. Para ellos yo era un extraño de pelo largo que, incluso en verano, iba envuelto en un abrigo negro (en el apartamento hacía frío), deambulaba por sus campos sagrados y, además, murmuraba para sí mismo como un loco (recitaba poemas). Finalmente, una mañana temprano, varias personas se presentaron en mi apartamento

sin previo aviso y entraron sin quitarse los zapatos, como si mi morada no fuera sagrada ni inviolable, y me exigieron que abandonara la comunidad inmediatamente.

Yo les expliqué con educación que había pagado por adelantado el alquiler de unos meses y que, por ello, tenía derecho a permanecer allí. Prácticamente suplicando les expresé mi intención de quedarme el mayor tiempo posible porque me gustaba mucho ese lugar, y les confesé que era poeta. Pero aquello no hizo más que empeorar enormemente mi situación. Estaban tan enojados que no entendieron *shiin* ('poeta' en coreano, sino *shin* ('Dios').

—¡Es el diablo! —gritaron—, ¡fuera de aquí! ¡Ahora!

Una mujer incluso señaló el cielo con el dedo y a gritos me dijo que temiera la ira de Dios.

La palabra «diablo» se me clavó como un puñal en el corazón. Durante el tiempo que habían durado mis estudios apenas había escrito unos pocos poemas, que además eran difíciles de entender. Y ahora tenía que dejar mi apartamento sin recuperar siquiera el dinero del alquiler pagado de antemano, tal vez calderilla para algunos, pero que para mí suponía una fortuna. Aquella gente se quedó allí con los brazos cruzados y no me quitó ojo hasta que desaparecí por la puerta de entrada de la comunidad. No me veían a mí, sino al extraño que había aparecido entre ellos sin previa invitación. Sin embargo, me sentí repudiado por todo el mundo.

Pero Dios no se había olvidado por completo de mí. De repente, sin hogar y sin la más mínima idea sobre dónde iba a quedarme, me puse a andar por un camino de tierra. Allí me encontré a un compañero de estudios de mi grupo de teatro que vivía cerca. Verme tan temprano deambular con un montón de libros y una manta militar doblada se le antojó algo sos-

pechoso al principio. Mi aspecto no encajaba en absoluto en aquel maravilloso paisaje. Pero después de saber en qué situación me encontraba y de ver en mí evidentes signos de agotamiento, me llevó con él a su casa y me ofreció un vaso de agua con miel. Después preguntó a los vecinos si alguien me podía dar hospedaje.

Gracias a él logré alquilar un cobertizo de almacenamiento en medio de un campo de hortalizas en la orilla del río. Allí me sentía a salvo, porque por un lado estaba lo suficientemente lejos de la aldea como para no temer que me volvieran a echar y, por el otro, tenía un amigo cerca que, cuando lo necesitaba, me daba un vaso de agua con miel. No tenía ningún motivo para quejarme, excepto por la falta de electricidad en la cabaña, de modo que tenía que conformarme con la luz de las velas. Por la noche me dedicaba a observar el juego de la llama y a escribir poemas, y durante el día salía a dar largos paseos recitando obras de Arthur Rimbaud o Stéphane Mallarmé.

Se acercaba la época de los monzones de verano, y un día unas nubes oscuras cargadas de lluvia cubrieron el cielo sobre el tejado de la caseta del cobertizo y comenzó a tronar. Al principio pensé que se trataba de una amenaza que quedaría en nada. Pero por la noche, el cielo abrió todas sus compuertas. La lluvia azotaba desde todas partes y me impedía considerar la idea de dormir. Bien entrada la noche, muerto de miedo, salí a la puerta. El aguacero había provocado la crecida del río y el nivel del agua no paraba de subir. Parecía como si el campo de hortalizas, junto con el cobertizo, fueran a ser engullidos en cualquier instante. Aún no había amanecido y estaba todo oscuro, pero el agua brillaba y formaba una espuma tan terrible que me asusté y sentí temor.

Todo esto estaba sucediendo en un momento de mi vida en

el que, de todos modos, el suelo se tambaleaba bajo mis pies. Estaba a las puertas de obtener mi título universitario, pero lo que vendría después me parecía el mayor desafío al que me había enfrentado jamás. No tenía ninguna meta de futuro. Y ahora me encontraba junto a este río embravecido que amenazaba con arrastrarme.

¡Mi situación era desesperada! El pánico se adueñó de mí. Pero solamente yo podía acudir en mi propia ayuda y liberarme de mi miedo. Allí, delante de aquel viejo cobertizo, al ver el agua cada vez más cerca, de repente pensé: «¡Soy un poeta!».

Al instante, me pareció que todo aquello que estaba pasando a mi alrededor era algo que debía experimentar para poder escribir sobre ello. Eso despertó mis deseos de vivir.

¿Hay algo más apropiado para un poeta que escribir poemas un día de tormenta y lluvia a la luz de las velas? Estar solo como la una en la orilla de aquel río desatado una noche negra como el azabache y correr el riesgo de coger una pulmonía, plantarme allí bajo la lluvia, ¡eso me pasó por ser poeta! En su libro *El gozo de escribir*, Natalie Goldberg afirma que una persona normal, durante un aguacero, abre el paraguas o huye con un periódico encima de la cabeza hacia un lugar seco; solo el escritor es lo suficientemente estúpido como para plantarse bajo la lluvia. En lugar de buscar refugio u ocuparse de encontrar a tiempo algún lugar para resguardarse, observa fascinado las estampas que crean las gotas al caer en los charcos. Así es como atrapa sus momentos estelares.

Como aquella noche me quedé solo en la orilla del río, que seguía creciendo, y sentía que el suelo se tambaleaba bajo mis pies, decidí que a partir de entonces no huiría. Tomé la decisión de que las gotas de lluvia me golpearan una y otra vez en la frente para estar a la altura de mi vocación de escritor. La

inquietud y la soledad se convertirían a partir de ahora en adjetivos y adverbios en mis poemas. En ese instante me sentí realmente como el dios de mi pequeño mundo.

En *El Alquimista*, de Paulo Coelho, Santiago se opone al deseo de su padre de convertirse en sacerdote. Se convierte en pastor de ovejas y sale en busca del tesoro que había visto en sus sueños. Sin embargo, en Tánger, Marruecos, es estafado y pierde todo el dinero que había obtenido por sus ovejas. En ese mercado, en esa tierra extraña para él, se encuentra totalmente desamparado, furioso y desesperado. ¡Se lo habían quitado todo!

Sin embargo, en un momento determinado, cambia de perspectiva y ya no se ve a sí mismo como la víctima de un estafador. Él es un aventurero que está de paso y sabe que si quiere encontrar su tesoro, algo así forma parte de su experiencia. De modo que recupera el valor y las ganas de viajar, sale fortalecido de esta situación y afronta el presente con valentía en vez de sentirse decepcionado.

A veces, la vida nos depara cosas mucho peores que un estafador. En esos momentos nos sentimos como un alma que ha aterrizado forzosamente en otro planeta y que no sabe adónde dirigirse. Santiago envidia el viento, que puede moverse libremente por todas partes, y de repente se da cuenta de que nada lo detendrá en su aventura.

Si amamos nuestra vocación, amamos el mundo. Aquella noche bajo la lluvia, recité poemas con todo mi corazón. Y me di cuenta de que no soy el tipo que no sabe adónde ir ni el demonio que ha sido ahuyentado por un puñado de creyentes. Soy poeta. Las gotas de lluvia que me golpeaban en la cara, las ráfagas que provocaban el baile de las hojas del maíz, incluso la cera que goteaba en el alféizar de la ventana; todo eso, de

repente, me parecía una bendición. Y de la misma manera fui consciente de que un momento como ese, lleno de poesía, no se le presenta a todo el mundo.

Eso es lo que la vida me quería decir. Lo que experimenté esa noche me afectó mucho. Dondequiera que esté, pase lo que pase, solo tengo que recordar que soy poeta y que puedo enfrentarme a todo lo que se cruce en mi camino. Aquel fue un momento que me regaló mi vida. Gracias a él puedo escribir y he conservado hasta hoy el sentido de la verdadera belleza y del valor de la existencia.